
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



INTERIOR

NILO FABRA

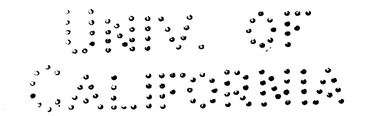
INTERIOR

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS
CALLE DE OLID, NÚM. 8
1905

À la memoria de mi Padre.

INTERIOR

LA ILUSIÓN QUE HUYE...



LA ILUSION QUE HUYE...

Otra vez poseo mi quietud lejana,
que ya para siempre juzgaba perdida,
y aspiro el perfume de aquella mañana,
que ha sido el encanto mejor de mi vida.

Mi pecho se orea con las olorosas
rosas que me otorgan toda su fragancia,
y que son las mismas, no olvidadas rosas,
que eran mis amigas durante mi infancia.

Las tristes acacias, que parecen penas,
recitan su canto suave, tranquilo,
y duermen poéticas, de armonía llenas,
dándole su sombra al esbelto tilo.

Contemplo á lo lejos el paisaje yerto,
que se pierde árido en el horizonte.
Como la figura tétrica de un muerto,
vuelve á presentarse nuevamente el monte.

Todo está lo mismo. Es la misma casa;
son los dos jardines que eran mi alegría;
es esa armonía quieta que no pasa,
que vive latente en el alma mía.

Todo está lo mismo. Es el mismo cielo;
son las mismas flores que eran mis amores,
lo que yo buscaba para mi consuelo,
el soñado alivio de antiguos dolores.

Todo lo recuerdan mis horas presentes
igual que lo vieron mis horas pasadas.
¿Pero son aquéllas, tranquilas, rientes,
únicas que el alma considera amadas?

No sé qué me pasa. ¿Es que la belleza
del paisaje inunda de melancolía
mi alma, y no puedo sufrir la tristeza
del recuerdo amargo de un terrible día?



¿Es que ya la muerte de mis ilusiones
se llevó consigo mi perdida calma,
ó en mi pecho alientan distintas pasiones
que hacen imposible la paz de mi alma?

No sé qué me pasa. Mas juzgo perdida
ahora para siempre mi quietud lejana,
y creo imposible que vuelva mi vida
á gozar las dichas de aquella mañana...

LEJANÍAS

LEJANÍAS

I

... Y mi alma tuvo un cielo de verano,
un cielo ya perdido,
en cuyo azul ingenuo se acogían
mis ilusiones cándidas de niño.
Nubes obscuras, tenebrosas nubes
ennegrecieron el azul purísimo,
y lo que era ayer luz, hoy es tinieblas,
y lo que fué placer, hoy es hastío.
La esperanza está muerta. Para siempre
se la llevó el destino,
el destino terrible que conduce
al fatal precipicio,

en cuyo fondo vive la serpiente
que estruja en sus anillos
la ilusión de la vida,
las olorosas flores del camino,
y el misterioso impulso que da esencia
al fruto apetecido...
La esperanza está muerta.
Hoy es mi alma
región en donde reinan hielo y frío,
y para siempre se perdió ese cielo
consolador, benigno,
que en mi infancia lució los esplendores
inmateriales de su azul purísimo.

II

La esperanza perdida
jamás ha de volver. Sólo un momento
brilló en mi corazón, y el alma tuvo
ese tranquilo cielo
que lejos se vislumbra
en los terribles días del invierno.
¿Lo recuerdas? Juntaste
contra el mío tu pecho,
é igual que yo sentiste la caricia
que da la ardiente fiebre del deseo.
La paz crepuscular nos envolvía,
titilaban estrellas, y el reflejo
pálido de la luna
aumentaba el misterio
del morir de la tarde.
Todo era á nuestro lado paz, silencio...
Tus labios leve grito
de dolor ó de pena profirieron;

los míos se juntaron con tu boca,
y aún en mi oído siento
el amable chasquido que producen
los juveniles besos...
El sol murió. La noche
al corazón llevó sombras y duelo,
y el corazón quedó gozando sólo
la sublime poesía del recuerdo.

III

¡La misteriosa flor apetecida!...
En mi pecho la tuve
al despertar del sueño de la infancia,
cuando el instinto induce
á gozar de la flor toda la esencia
de maligno perfume
que su fragancia exhala...
Hoy todavía á la memoria acude
su enervador recuerdo,
que acaricia unas veces y otras ruge,
y en su presencia, acobardada, triste,
mi poësía huye...

LA VOZ DE LAS NIÑAS

A Francisco Villaespesa.

LA VOZ DE LAS NIÑAS

Del parque por alegres, fragantes plazoletas
adornadas por rosas, claveles y violetas,
donde las fuentes lloran monótona canción,
por las veredas blancas, por los bosques frondosos
que olorosos perfumes exhalan amorosos,
llevando paz al alma y calma á la pasión;

sufriendo alguna pena—dolor imaginario—
paseo á la ventura, sin rumbo, solitario,
cuando indeciso y vago un son comienzo á oir
de unas voces suaves, llenas de poesía,
que aumentan del paisaje perfume y armonía,
de unas voces de algo que ha empezado á vivir.

De sus notas el timbre de tonos argentinos
son arpegios de pájaros musicales, divinos,
son arrullos de besos, son fragancia de flor;
mi espíritu hacia ellas se encamina inconsciente,
que alcanzar una dicha no soñada presiente
en una forma nueva del siempre nuevo amor.

Y sorprendo á las niñas que juegan y que cantan,
que el desmayado espíritu un instante levantan,
que son de obscura noche la apetecida luz,
y quiero embriagarme con los lirios tempranos,
y volver á otros tiempos que ya juzgo lejanos
en que no tuvo el alma una pesada cruz.

Las niñas son el único, quimérico tesoro
que alegra del poeta los ensueños de oro,
las solas ilusiones que tienen realidad;
la vida aún no perdida; no saber si la vida
habrá de ser ganada ó habrá de ser perdida,
si morir puede pronto ó ser eternidad.

Las voces de las niñas, los cantos infantiles
que en sus juegos exhalan, armoniosas, gentiles,

dan un instante tregua al acerbo dolor;
yo quiero embriagarme con los lirios tempranos,
y volver á otros tiempos que ya juzgo lejanos
en que no hubo en mi alma más que dicha y amor.

LA CENICIENTA

A Juan R. Jiménez.

LA CENICIENTA

El rubio tesoro de su cabellera,
sus ojos azules, su voz plañidera,
me dicen el llanto que su alma vertiera.

¡Pòbrecita niña! ¡Pobre cenicienta!
Su temprana pena mi amargura aumenta,
su temprana pena que á mí solo cuenta.

Todos la desprecian, mas mi alma la quiere,
por eso entre todos á mí me prefiere,
por eso en mis brazos de ilusiones muere.

Su voz es un salmo que reza belleza.
—Apoya en mi pecho tu blonda cabeza
y empieza á decirme lo que es tu tristeza.

LA CENICIENTA

A Juan R. Jiménez.

CAPRICHO

CAPRICHO

¿No habeis oído el sonido,
lastimero como un lloro,
que en los sueños que yo adoro
ha perseguido mi oído?
¿Lo que no ha sido entendido,
un canto augusto y sonoro
que da el preciado tesoro
apetecido y perdido?
Es la fragancia sublime
de una esencia que redime
las angustias del dolor,
es la armonía infinita
que lleva en sí la bendita
florescencia del amor.

ALMA

ALMA

Desde el punto en que acaba el horizonte,
donde recibe el cielo
el fraternal abrazo
de un mar de plomo y hierro,
donde un solo matíz une los tonos
de colores diversos
del agua, el sol que muere,
y el indeciso gris, ya casi negro,
que á la hora del crepúsculo marino
es de la tarde el último reflejo,
se alza una ola que orgullosa avanza
desde el lejano término
que mis ojos columbran
en el espacio inmenso.

Majestuosa se acerca.
Su figura creciendo
cuanto más se aproxima, tiene formas
contornos gigantescos.
Llega ya cual montaña formidable,
y en el choque violento
con la tierra que obstáculo á su marcha
en las rocas ha puesto,
se deshace de espuma
en nitidez de espejo.
Tu alma, poeta, idéntica á esa ola
la he juzgado y la creo...
Marcha orgullosa en su veloz carrera,
la hiere nada más el sentimiento
y en espuma conviértese bien pronto:
la espuma son tus versos.

MONÓLOGO

MONOLOGO

¿El vivir?
Todo es uniforme, igual,
lo mismo es el bien que el mal,
llorar es como reir.
¿El morir?
Un enigma indescifrable
que da miedo insuperable.
¿Mas qué hacer?
¡Si no me alegra el vivir
y me horroriza el tener
que morir!

LA PAZ DE LA NOCHE

4

LA PAZ DE LA NOCHE

Son las doce de la noche.
De los campos el silencio
sólo interrumpe el monótono
canto del gallo. A lo lejos
las luces de la ciudad
lanzan débiles reflejos
que lentamente se extinguen
en la negrura del cielo.

La sombra lo invade todo,
todo parece que ha muerto.
Ni la luna luce arriba
su esplendor, ni el sentimiento

de sus rayos siempre amigos
á mi alma dan consuelo.

Vivo yo solo y parece
que en el mundo sólo aliento.

La paz de la noche calma
ha dado á mi pensamiento,
y la máscara angustiosa
con que está el rostro cubierto
cuando los demás me miran
ó á los demás me presento
de mi faz desaparece,
y el eternamente nuevo
placer de encontrarme solo
me acaricia y me da un beso.

¡Paz de la noche! ¡Quietud
que está sólo en tu misterio!
¡Soledad apetecida!
¡La soledad que yo quiero!
¡Soledad oculta en sombras
que da placer un momento!

Para ser feliz te busco
y, acogiéndome á tu seno,
mi alma, que no hallé en el día,
en tu negrura la encuentro.

¡Páz de la noche! Mi alma
en tus sombras y en tus velos
mostrándose como es ella
recibe el placer intenso
de recitar ese canto,
el canto noble y sincero
que con notas de esperanza
da la canción del desprecio...

Y el desprecio y el olvido
en tus negruras lo encuentro,
y mudas desaparecen
imágenes del recuerdo
que volverán enseguida
al llegar la hora del sueño
que mata tu paz y calma
y destruye tu sosiego.

LA HORA DEL SUEÑO

LA HORA DEL SUEÑO

Ya llegó la hora,
la hora del sueño,
la terrible hora que es hoy esperada
con pavor, con miedo,
que fué hora benéfica que alegró mi vida
de mi infancia en gratos, olvidados tiempos,
hora de quimeras en que el alma goza
ó sufre y maldice con dolor intenso,
hora del poeta que canta y que muerc,
hora de misterio.

En vano quisiera huir de tus sombras,
cuanto más te huyo, más á ti me entrego.

Lucho inútilmente,
rebelarme quiero,
y más me dominas, y más me aprisionas
y más en tus garras me tienes sujeto.

Ya soy todo tuyo,
voluntad ha muerto,
ya me encuentro á solas con tu esencia ignota,
la luz ya se ahoga de mi pensamiento.

Y pasan visiones tétricas de días
amargos, visiones terribles que puedo
olvidar, en las horas felices
en que estoy despierto,
que dominan mi alma tan solo
en la hora temida, funesta del sueño...
Y pasan fantasmas,
y viene el recuerdo,
el recuerdo angustioso de esperanzas muertas,
perdidos anhelos,
ilusiones benditas de dichas
que nunca vinieron,

que en pasados instantes felices
mis horas risueñas de ayer presintieron...
Y viene el presente
desolado, tétrico,
en donde esperanzas, y en donde ilusiones
para siempre huyeron.

¡Vete ya angustioso,
ingrato recuerdo!
El placer existe solo en el olvido...
vete tú, terrible hora de mi sueño.
Quiero desprenderme de tu esencia ignota,
y estando despierto
viviré mi vida
sin temor ni miedo
á que asalten visiones de cosas pasadas
la lumbre del fuego
que perenne alienta
en mi pensamiento.

EL SOL QUE VUELVE

A Antonio de Hoyos.

EL SOL QUE VUELVE

Cuando un cielo adusto de nubes plomizas
á los corazones lleva la tristeza,
y no hay del crepúsculo las notas rojizas
y muere la tarde sin que haya belleza;

cuando en esos días pardos del invierno,
cuando en esas tardes que incitan al llanto,
mi alma poseída de un quebranto eterno
en llanto penoso llora su quebranto;

cuando melancólica fía su esperanza
á un futuro día de grata armonía
que en la lejanía vislumbrar alcanza,
siendo la promesa de alguna alegría;

y cuando el presente desolado, yerto,
es sombra que mata la fe protectora
de un dulce y lejano porvenir incierto,
de una bienhechora, presentida hora,

si en esos momentos de pena y desmayo
en que cuanto vive quiere aletargarse,
se ve que las nubes desgarra algún rayo
de sol indeciso que empieza á mostrarse,

de sol indeciso, velado, que asoma
entre brumas tétricas, su luz anhelada,
y que lentamente proporciones toma
de vida que vuelve, de la vida amada,

luciendo radiantes, ígneos esplendores,
destruyendo sombras opacas de muerte,
brindando felices y nuevos amores
lo que era antes débil, haciéndolo fuerte...

entonces el goce de la vida inunda
de dichas rientes mi espíritu triste;
y el alma dormida convierte en fecunda,
el azul y oro de que el cielo viste.

JUGUETE

JUGUETE

El amor á lo imprevisto,
alcanzar lo que no he visto,
ni he soñado, ni he querido,
es el tesoro escondido
que da á mi alma un dulzor.

Es la fuerza irresistible,
de conseguir lo imposible,
lo que el corazón presiente
cuando se van de repente
las delicias del amor.

SILENCIO

A Félix Lorenzo.

SILENCIO

Te conozco y te quiero.
Eres fuerte y altivo,
y todo—muerto vivo—
te da su amor primero...

La noche sólo sombra.
La niebla y el misterio.
Quietud de cementerio
que se teme y que asombra.

Esclavo que se deja
maltratar. Los rencores
eternos. Los amores
que se pierden sin queja...

Lo que nadie ha admirado,
siendo grande y profundo.
El corazón de un mundo
viviente é ignorado...

¡Silencio de salvajes,
terribles arideces!
¡Bien sufres los ultrajes,
bien apuras las heces!

HOJA QUE EL VIENTO LLEVA...

HOJA QUE EL VIENTO LLEVA...

La niña bonita,
una flor que explende
temprana belleza...
Mi alma la pierde...

En vano he querido
que perdure siempre
lo que es solo un rayo
de luz.
El presente
fugaz pasa pronto
y en vano el que quiere
que siga viviendo

lo llama. No viene.
¡Efímero es todo!
¡No hay nada perenne!

Deja, pobre niña,
deja que recuerde
tus ojos azules,
tu figura débil,
y sigue el camino
que trazarte debes.

Busca otros amores,
que en uno no esperes
alcanzar fragancias
que el alma no tiene.
Vive, pues, tu vida
sin creer que vuelve
lo que está ya muerto.
¡Nada permanece!

¡Adios, te despido
ahora para siempre!

En mi alma tan sólo
puedo prometerte
un dulce recuerdo...
El recuerdo alegre
de tu figurilla
tan gracil, tan débil.

LA RISA

A Miguel de Unamuno.

LA RISA

Camino por la vida sin rumbo ni esperanzas,
sufro ó gozo el recuerdo de una antigua ilusión,
y las caricias tristes de eternas añoranzas
martirizan, doblegan mi joven corazón.

Al pasar por la vida recorriendo su senda,
ni sé por dónde marcho, ni sé qué desear,
mis ojos se han tapado con una obscura venda
que sólo les permite la dicha de llorar.

Mas el llanto y la risa van siempre de la mano,
son las únicas formas en que se da el vivir,
y acogiéndolas franco mi corazón temprano
las delicias recibe de llorar ó reir.

Y la risa es el arma más segura y precisa,
lo que otorga al orgullo su mayor esplendor;
pero el orgullo mío no quiere tener risa
más que en su vida propia, la vida de interior.

En ella yo me juzgo satisfecho y altivo,
en ella es donde puedo querer ó despreciar:
y en momentos felices cuando esa vida vivo
sé lo que es ruín y endeble y sé lo que hay que amar.

La risa no me engaña, amiga verdadera,
me dice los secretos de todos los demás,
lo mezquino me dice de una alegre quimera
que, forjada en la mente, no ha de existir jamás.

La risa es el desprecio, la calma bienhechora,
lo que un sueño ha entrevisto, la paz y la quietud,
el olvido constante de una terrible hora
que no tuvo ni encantos, ni vicios, ni virtud.

La quiero y en su alegre, su festiva careta
todo el encanto oculto aspiro de un placer,

que es mentira forjada por mente de poeta,
mas realidad hermosa dentro del propio ser.

Al pasar por la vida gozo sólo esplendentes
benéficos encantos de un preciado reir:
ellos son para el alma los únicos presentes
que lógicos explican la causa de vivir.

EL CRISTAL

A Antonio Machado.

EL CRISTAL

El cristal transparente que no empaña
el vaho obscuro de las grises nieblas
es alma en flor que nítida se ofrece,
es la inviolada y única pureza.
En un sueño perdido, sus fragancias
pude aspirar, y amores que no encuentra
la vida que hoy recorro
me los dió su ignorada, oculta esencia.
¡No ha de volver! Enturbian
á las almas enfermas
del invierno las lluvias que no acaban
y las nieves eternas.

Mas el recuerdo del cristal, que es iris
de paz sencilla, todavía alienta
cuando me veo joven y cansado,
cuando juzgo tener el alma muerta.

MIEDO

MIEDO

No busques alma mía
alguna luz que alumbre
tu noche de agonía
allá en la enhiesta cumbre
que está en la lejanía.

Si tuviera heroismo
para afrontarlo todo
la hallaría en mí mismo...
mas rodando á un abismo
que salpica de lodo.

IDEAL

A Rubén Darío.

IDEAL

En un bailar de dulces giros
que entre congojas y suspiros
sigue la pauta que un ritmo da,
en los acordes de melodías
que desterraron las alegrías
de un alma joven cansada ya;

en los misterios de bacanales
que ocultos llevan bienes y males,
placer efímero, pena y dolor,
en fiestas plácidas y versallescas,
en orgias tristes y canallescas,
donde se esconda vida y color;

está el anhelo que busco en vano
desde algún tiempo ya muy lejano,
el que mi alma quiere gozar...
¿Cuál es? La musa nerviosa, inquieta,
la compañera fiel del poeta,
la que acaricia y hace llorar.

HÉROES

CÁLIBAN

CÁLIBAN

Cáliban en el suelo se revuelve,
Cáliban otra vez está perdido,
la mano poderosa que lo envuelve
de nuevo le domina y lo ha vencido.

Los débiles comprenden tu amargura,
y ese constante afán de rebeldía
que siempre vive en ti, siempre perdura
como esperanza de un remoto día,

de un día remoto de venganza y muerte
que presintió el tesoro de tus sueños,
cuando en ellos te juzgas libre, fuerte,
sin la terrible carga de los leños,

los leños que recoges en las faldas
del monte con la sangre de tus manos,
los que Próspero pone en tus espaldas
desde tiempos de niño muy lejanos.

Contra ellos te rebelas, pero nunca
de su tremenda carga te desprendes;
tu existencia de esclavo no se trunca,
sujeto estás á ella y de ella pendes.

No creas que de vida oculta savia
tu esclavitud redima y tu condena;
¡llora Cáliban lágrimas de rabia!
ellas tan solo alegrarán tu pena.

En el vaso de Esteban el consuelo
se te ofrece á tus ímprobos dolores,
el placer de un ignoto, claro cielo,
que te dará sus íntimos dulzores.

Inútil es buscar otro destino
á tu vida, ya es tarde:
tu destino divino es solo el vino,
bebe y olvida Cáliban cobarde.

SANCHO PANZA

A Manuel Machado.

SANCHO PANZA

Sancho Panza criado era de D. Quijote.
Recibiría humilde de su amo el azote,

sin que enturbiase nunca su limpia alma benigna
del rebelde el deseo de venganza maligna,

si el brazo de su amo pudiera dar castigo
al que fué juntamente su criado y su amigo.

Sancho Panza era un siervo sin ilusión ninguna,
amante de su vida, feliz con su fortuna,

cobarde igual que todos los que temen la muerte,
contento con su plácida, con su uniforme suerte,



con la suerte monótona del hombre que no avanza,
que está en quietud constante: tal era Sancho Panza.

Su amo, en sus locuras cavilando, en hazañas
y duelos que no han visto gentes propias ni extrañas,

en realidad convierte su eterna fantasía
ajustada á las leyes de la caballería,

esas leyes precisas que son inexorables
—de valor y desprecio—que hicieron indomables

á aquellos paladines que fieles las seguían,
que de Quijana el alma de bríos encendían.

Mas Panza de su amo va por igual terreno,
á todas sus locuras él pone siempre freno,

su ruín entendimiento las alcanza, y su diestra
al noble caballero implacable las muestra,

y cuando Don Quijote cree desfacer entuertos
su buen Sancho le advierte que son fantasmas yertos.

. . . .

Todos cuantos seguimos ese hermoso camino
de Don Quijote, en busca de su claro destino,

tropezamos con Sanchos cobardes y uniformes,
que con nuestras locuras jamás están conformes,

que solamente viven la vida de ellos mismos,
una vida tranquila y exenta de heroismos...

Dejémosles que hablen sin darles duro azote...
No pudo más que Sancho servir á Don Quijote.

FALSTAFF

A Jacinto Benavente.

FALSTAFF

El buen Falstaff es digno
de otra suerte mejor:
es travieso y maligno,
se burla del honor.

De indignación no estalla
viéndose despreciar,
y su alma de canalla
quiere sólo gozar.

Gozar los beneficios
mezquinos del vivir,
encontrando en los vicios
la causa de existir.

Para ahuyentar sus tedios
confía en su razón,
no repara en los medios
y acecha la ocasión

de que vuelva un presente
sus fragancias á dar;
es astuto y prudente,
no le cansa esperar.

Mas la suerte inconstante
no quiere permitir
que prosiga adelante
su esperanza en reir.

Amigos y enemigos
su enorme humanidad
maltratan con castigos
de aleve crueldad,

y cuando entre sus manos
su anhelo cree tener
observa que son vanos
fantasmas de placer.

Pero él de su destino
no se quiere eludir.
(¿sin un vaso de vino
por qué se ha de vivir?)

y buscando alegrías
con férrea voluntad
pasan días y días
sin la felicidad.

El buen Falstaff es digno
de otra suerte mejor:
es travieso y maligno,
se burla del honor.

DON JUAN

A Ramón del Valle-Inclán.

DON JUAN

Don Juan, ese canalla cuya sublime historia
los poetas y el pueblo fijan en su memoria,

—ese preclaro espíritu, ese héroe de leyenda,
que recorre nostálgico de la vida la senda

en busca de inefables, aromosos placeres
que otorgan á las almas el vino y las mujeres—

está aspirando flores de la amada alegría
en medio del tumulto febril de loca orgía.

Las verdades eternas—lo real y el acaso—
las halla en el confuso misterio de su vaso;



un misterio atrayente en que el dolor se hunde,
donde todo se olvida y todo se confunde.

Y Don Juan, voluptuoso, gozando las delicias
de todos sus deseos, recibe las caricias

del sueño. —Ya no existe el presente, y la pena
se convierte en amores. — Toda su alma llena

de añoranzas fragantes en su interior se vierte,
y recuerda la muerte de los que fué su suerte...

Velada se aparece la visión de mujer
que le dijo el recóndito secreto de querer,
—esperanza perdida que nunca ha de volver.—

Cubierta se ha mostrado con una blanca túnica,
pero él la reconoce. Es ella, es la única

que á su duro y malvado corazón de perverso
le cantó el canto joven de un armonioso verso.

Extático la admira en riente penumbra
subjetiva. Una luz bienhechora la alumbra.

(¿Es vida que se esfuma entre la dicha erótica,
ó flor que se recoge en una planta exótica?)

El fuego de su espíritu se aumenta. No adormece
su valor el cansancio ni el sopor. Siempre crece

el orgullo en sí mismo. La triste realidad
á su alma no le dice deprimente verdad,
y él la ofrenda gozoso toda su voluntad.

Don Juan se encuentra libre. Es de su vida dueño
y nada le atormenta. Ha poseído el sueño

que busca. Ya pasaron los incruentos martirios.
Puede gozar el fruto de fugaces delirios,

puede gozar de nuevo la perdida hermosura
que en su amor confiada encontró sepultura.

En su pecho revive, y su imagen sagrada
cobra aquella figura que un día la hizo amada,

sus divinos contornos, su vaporosa forma.
Don Juan descansa. Posee la nueva norma

de vida. Oculta norma que fué desconocida
á su alma. ¿La muestra como soñada vida

ya perdida, la cándida y albísima visión?
¿Sus secretos le cuenta al triste corazón?
¿Hará nacer benigna placentera ilusión?

Don Juan, por sus promesas y arrullos se extasía
en medio del tumulto febril de loca orgía...

Pero un torpe importuno interrumpe su sueño.
Háblale en son de burla... Don Juan ya se ha hecho
[dueño

de su temple. Altanero, bizarro y arrogante
arroja al importuno, con desprecio, su guante.

Luego, galán y altivo, desenvaina la espada...
Lo que fué un importuno, ahora ya no es nada.

LA FAVORITA DEL VIEJO REY

A Ricardo Calvo.



LA FAVORITA DEL VIEJO REY

¡Plebeya cortesana,
flor de nuevos placeres!
Con su alegría sana
vence á nobles mujeres.

El viejo rey respira
el alma de la calle
cuando sus ojos mira,
cuando abraza su talle.

El viejo rey cansado
de su triste destino,
quiere verse humillado
sin su esplendor divino,

quiere buscar amores
de algo desconocido
y olvidar los dolores
que su alma ha sentido.

Alcanzar que se extirpe
su tedio ruín, maligno,
confundiendo su estirpe
con populacho indigno.

y á la hetaira besando
juzga que un aire ignoto
su alma acariciando
los pesares ha roto.

Mas la fresca hermosura
que otorga desprendida
su alma y su figura
—la joya de su vida—

sueña en dulces afanes
juveniles, que un día
viera en tiernos galanes
que forjó fantasía.

—Del rey la ilusión vana
con tu belleza enciendes,
plebeya cortesana,
que te precias, te vendes.

Y eres tú el absoluto
fruto que el rey desea:
pero inerte es el fruto.
En ti alienta otra idea.—

CIUDADES

LA CIUDAD DEL TRABAJO

A Ramiro de Maeztu.

LA CIUDAD DEL TRABAJO

La ciudad del trabajo es la ciudad sombría
que atormenta y que mata la más franca alegría.

Es la ciudad del humo, la ciudad del trabajo.
Las altas chimeneas se levantan debajo

de un cielo que refleja la silueta de bruma
de la ciudad sin sol, que borrosa se esfuma

entre nubes de humo que se llevan al mar
el continuo lamento de algún triste cantar.

El rebelde lamento de anhelos contenidos,
de pasiones y odios por humo adormecidos,



el lamento que ahogan los hornos con su fuego,
que en grises espirales diluye el humo luego,

el lamento de angustia que en un sueño terrible
había escuchado el alma y lo juzgó creíble.

La ciudad del trabajo al sol ha desterrado;
la más franca alegría su humo ha disipado,

y la constante sombra en que envuelve su vida
es humo que se esparce como ilusión perdida.

Alientan en su seno encontradas pasiones
que hacen duros y tristes los tiernos corazones

y en la lluvia y la niebla un cielo se deslíe
que á las almas esclavas no acaricie ni ríe.

El humo á otras regiones para siempre se lleva
la esperanza engañosa de alguna idea nueva,

de alguna idea nueva que al nacer se destruye
por humo que á lo lejos se esparce y se diluye.

La ciudad del trabajo es la ciudad sombría
que atormenta y que mata la más franca alegría.

LA CIUDAD QUE MUERE

A Antonio de Zayas.

LA CIUDAD QUE MUERE

La sombra de otros tiempos, de un pasado
glorioso, fuerte y grande
se dibuja en el alma
de las desiertas calles.
Voy recorriendo la ciudad que muere,
la ciudad solitaria que hoy esparce
nostalgias melancólicas
en el postrer momento de la tarde.
Todo reposa en calma. El buen silencio
mi espíritu no abate,
y entro en la Catedral y sufro ó gozo
al pasear por las revueltas naves.

Salgo luego á la plaza. Plaza vieja
de antiguos soportales
que de la luna el indeciso rayo
alumbra con sus tenues claridades.
Mi espíritu descansa. Amo las cosas
que vivieron y acaban á mortales
golpes ineludibles
de la suerte inconstante.
En la ciudad preclara de otro tiempo
todo desaparece, todo cae;
pero una cosa existe que es perenne,
que ruda desafía el duro trance.
Ella es lo inmaterial, la poesía,
es lo eterno, es el arte.

LA CIUDAD NUEVA

A Alfonso Danvila.



LA CIUDAD NUEVA

Desde la alta roca de la alta colina
mi vista contempla la nueva ciudad,
formada tan solo de un brazo de tierra
que altivo y soberbio penetra en el mar.

El sol, entre nubes eternas velado
su luz melancólica muy débil le da;
y olas que la arrullan y aromas de brisas
la mandan el beso de la inmensidad.

El paisaje triste, frondoso y adusto,
los gratos rugidos de indomable mar,
azul, gris y verde, constantes y francos
completan la ténue, vaga claridad.

Uniformes tonos, matices monótonos
es cuanto mi vista consigue abarcar;
parecen juntarse todos los colores
con el de la espiga de esbelto maizal.

Inconsciente y vana es la interna vida
que luce la frívola, mundana ciudad,
reflejo mezquino de elegancias muertas
que un día vivieron y no volverán.

Desde la alta roca de la alta colina
es donde se puede por fin encontrar,
alma y poesía que nunca aparecen
dentro de la nueva y amable ciudad.

Desde la alta roca de la alta colina
mi vista contempla la nueva ciudad
y escucho la grave, triste sinfonía
del eterno, ronco rugido del mar.

LA CIUDAD ALEGRE

A Antonio Palomero.

LA CIUDAD ALEGRE

La mejor, la única,
es la ciudad mía.
Es ciudad alegre;
todo en ella es risa.
Matices diversos
de cosas que un día
dispersas estaban
—tristes y mezquinas,—
juntos representan
la clara armonía
del placer efímero,
de la fugaz dicha.

Saben lo que es grato,
dónde está la vida
y dónde se oculta
toda poesía.
Les quiero, y en ellos
no encuentro perdida
toda una esperanza
que ha sido bendita.
La ciudad alegre,
que es la ciudad mía,
no la canta nadie
y á todos irrita;
pero yo en mi pecho
tengo una caricia,
que ofrendo gustoso
á la ciudad mía.
Ciudad que las penas
ocultas olvida;
ciudad de quimeras
y de fantasías;
ciudad de ilusiones...
es la ciudad mía.

ÍNDICE

ÍNDICE

HÉROES

CIUDADES




406229
Fabra
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

